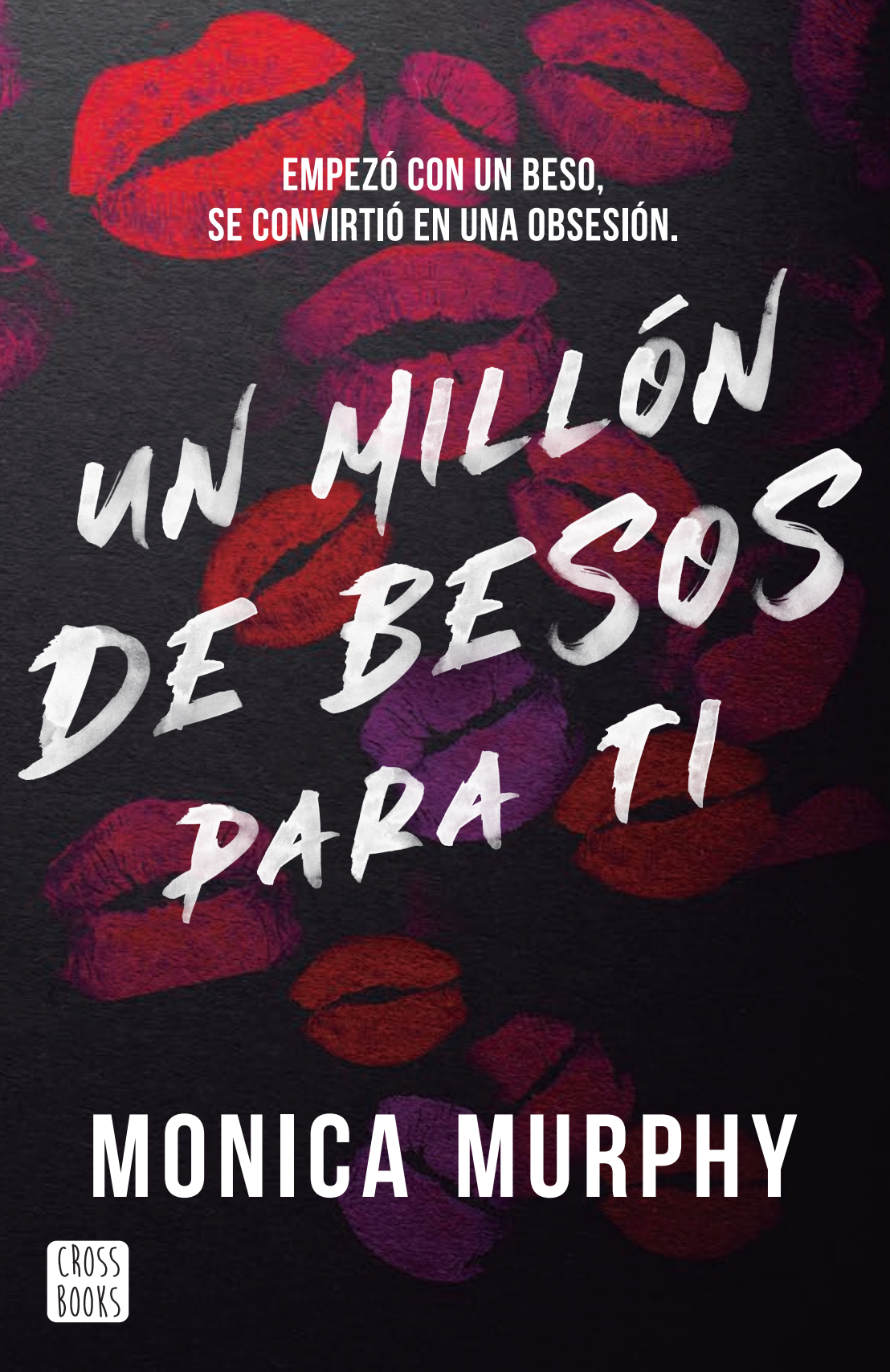




EMPEZÓ CON UN BESO,
SE CONVIRTIÓ EN UNA OBSESIÓN.

UN MILLÓN
DE BESOS
PARA TI

MONICA MURPHY

CROSS
BOOKS

MONICA MURPHY

UN MILLÓN
DE BESOS
PARA TI

CROSSBOOKS, 2024
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *A Million Kisses in Your Lifetime*
© del texto: Monica Murphy, 2022
© Traducción: Mariana Hernández Cruz
Derechos de traducción con acuerdo de Sandra Bruna Agencia Literaria,
SL, y The Seymour Agency, LLC
Todos los derechos reservados

© Editorial Planeta México S. A., 2024
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición en esta presentación: noviembre de 2024
ISBN: 978-84-08-29356-9
Depósito legal: B. 18.125-2024
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma
sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el
ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras
y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o
escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web
www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Crew

Han pasado tres años, cuatro meses, dos días y unas cuantas horas desde la primera vez que puse los ojos en *ella*.

La chica más hermosa que he visto. La desgracia absoluta de mi existencia.

Llegó al internado Lancaster Prep el primer día de nuestro primer año y nadie sabía quién era. Fresca e inmaculada, abierta y tolerante, con esa maldita sonrisa que parece grabada permanentemente en su cara. Todas las chicas de nuestra generación cayeron inmediatamente ante su encanto. La seguían a todas partes. Querían desesperadamente ser sus amigas e incluso luchaban por el codiciado lugar de ser *la mejor amiga*. Copiaban su estilo natural y, cada vez que se peinaba de forma diferente o se ponía un par de pendientes nuevos, todo el colegio se volvía loco. ¡Por el amor de Dios!

Incluso las chicas mayores, estudiantes de último año, se sentían atraídas por ella. Estaban completamente cautivadas por esa chica de ojos verdes aparentemente inocente que apenas me ha dirigido diez palabras en todo el tiempo que lleva aquí.

Más de una persona me ha dicho que le doy miedo. Que la intimidó. Represento todo lo que ella teme, como debe ser.

Me la comería. Me la tragaría entera y disfrutaría cada segundo.

Y ella lo sabe.

Somos polos opuestos en todos los sentidos, aunque de una manera tácita somos iguales también. Es lo más extraño del puto mundo.

Es una líder a la que todos siguen y gobierna la escuela en silencio, como yo. Pero su corona es ligera, está hecha de vidrio soplado y efervescencia etérea, con cero expectativas, mientras la mía es pesada e incómoda, me recuerda constantemente mi deber con la familia, con mi apellido: los Lancaster.

Somos una de las familias más ricas del país, del mundo. Nuestro legado se remonta varias generaciones. Soy dueño de esta escuela, literalmente, y de todo el mundo en ella, con excepción de una persona.

Ella ni siquiera me mira.

—¿Qué estás mirando?

No me molesto en girarme hacia mi mejor amigo, Ezra Cahill, cuando me hace esa estúpida pregunta. Estamos en la entrada de la escuela el lunes, el aire fresco de la mañana es lo suficientemente frío como para penetrar mi gruesa chaqueta. Debería haberme puesto un abrigo más grueso, pues estoy seguro de que no voy a entrar. No todavía.

Hago esto casi todas las mañanas: espero la llegada de la reina, el día en que note mi presencia. Por el momento, mi tasa de reconocimiento es del cero por ciento.

—No estoy mirando nada —le respondo finalmente a Ezra, con voz plana. Indiferente.

Actúo como si nada ni nadie me importara. Así es más fácil. Créeme, soy consciente de que represento un cliché, pero me funciona. Preocuparse es admitir vulnerabilidad y yo soy el cabrón menos vulnerable de toda la escuela. Las cosas me resbalan y no tengo expectativas. Mis hermanos mayores creen que soy el más afortunado de todos, pero no lo creo. A ellos los reconocen constantemente, mientras yo creo que mi padre se olvida de que existo.

—La estás buscando otra vez.

Me giro hacia Ezra, con una mirada dura y fría, pero él me ignora y una sonrisa burlona es su única señal de que percibe mi molestia.

—¿Cuándo no? —La pregunta es cortante. Como una bofetada, aunque no le importe.

El idiota se ríe de mí.

—¡Deja ya de esperar, joder! ¿Cuánto tiempo ha pasado? Deberías hablar con ella.

Me reacomodo contra la fría columna sobre la que estoy apoyado, con el cuerpo relajado, despreocupado, aunque en el fondo estoy tenso. La miro una vez. Otra vez. Siempre.

Wren Beaumont.

Sube por el pasillo hacia la entrada de la escuela. Hacia mí. Con una sonrisa serena, irradia luz, proyecta su haz único sobre todos los que pasan a su lado, adormeciéndolos. Saluda a todo el mundo, menos a mí, con su voz aguda, dándoles los buenos días como si fuera la puta Blancanieves. Amable y dulce, y tan hermosa que casi duele mirarla.

Mis ojos se detienen en su mano izquierda, donde una fina alianza de oro, con un único y diminuto diamante, se ajusta perfectamente a su dedo anular. Un anillo de compromiso que recibió en una de esas estúpidas ceremonias en las que un montón de preadolescentes desfilan en un mar de vestidos recatados color pastel sin mostrar un centímetro de piel.

Sus acompañantes son sus padres, hombres importantes en la sociedad a quienes les gusta poseer cosas, incluyendo mujeres. Como sus hijas. En algún momento de la ceremonia, las someten a un ritual en el que miran a sus padres y enuncian un voto de castidad mientras les colocan el anillo en el dedo, como si fuera una boda.

Algo rarísimo, si me lo preguntas, y me alegra que mi padre no hiciera pasar a Charlotte, mi hermana mayor, por esa mierda, aunque suena como algo que él disfrutaría.

Nuestra pequeña Wren es virgen y está orgullosa de serlo. Todo el mundo en la escuela conoce los discursos que les da a las otras chicas sobre cómo reservarse para sus futuros maridos.

Es lamentable, joder.

Cuando éramos más jóvenes, las chicas de nuestro grupo escuchaban a Wren y estaban de acuerdo. Debían reservarse, valorar sus cuerpos y no regalárnoslos a nosotros, criaturas

asquerosas e inútiles. Pero luego todos crecimos y empezamos a formar relaciones o ligues: una por una, sus amigas perdieron la virginidad, hasta que solo quedó ella.

—Pierdes el tiempo, Lancaster —dice mi otro mejor amigo, Malcolm. El tío es más rico que nadie y es de Londres, así que todas las chicas de la escuela se lanzan a sus pies gracias a su acento británico. Ni siquiera tiene que pedirlo—. Es una mojigata y lo sabes.

—Esa es, en parte, la razón por la que la quiere —dice Ezra, que me conoce bien—. Se muere por corromperla, por robarle todas sus primeras veces a ese mítico marido que tendrá algún día. A quien no le importará si es virgen o no.

Mi amigo no se equivoca. Eso es exactamente lo que quiero hacer. Solo para decir que puedo. ¿Por qué reservarte para un hombre que no hará más que decepcionarte en tu noche de bodas?

¡Qué tontería!

Malcolm contempla a Wren cuando se detiene a hablar con un grupo de chicas, todas más jóvenes que ella. Cada una revolotea a su alrededor como si ella fuera la mamá pájaro y todas las demás sus bebés, ansiosas por recibir una pizca de su atención.

—A mí tampoco me molestaría acostarme con ella —murmura Malcolm, entrecerrando los ojos mientras sigue mirándola.

Le lanzo una mirada asesina.

—Tócala y estás muerto.

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—Por favor. Las vírgenes no me interesan. Prefiero que mis mujeres tengan un poco de experiencia.

—Definitivamente no me gusta cuando les da miedo ver un pene —añade Ezra, agarrándose los huevos para enfatizar.

Ignoro sus risas y vuelvo a centrarme en Wren, recorriéndola con la mirada. Lleva una chaqueta azul marino con el escudo de Lancaster y una camisa blanca debajo. La falda a cuadros plisada le llega justo encima de la rodilla: nuestra Wren, siempre tan modesta. Los calcetines blancos con un tímido encaje bajo las Mary Jane de Dr. Martens, su único signo

de rebeldía. Esos zapatos hicieron que las chicas de Lancaster Prep se volvieran locas cuando se presentó en la escuela con ellos, el día que volvimos de las vacaciones de invierno de primer año. Las desconcertó: todas en Lancaster llevaban mocasines, era una regla tácita, hasta que llegó Wren.

Al principio de nuestro segundo año, casi todas las chicas calzaban Mary Jane de Dr. Martens y otras marcas. Es curioso que ninguna otra que vista esos zapatos me atraiga como Wren.

Los zapatos aparentemente inocentes y los calcetines de niña. La falda a cuadros, y las mejillas sonrojadas, y la forma como siempre pasea por el campus, a la hora de comer o después de clase, con un chupachups en la boca, con los labios jugosos y rojos. La veo con el caramelo entre los labios y lo único que puedo imaginar es a Wren de rodillas frente a mí. Su mano alrededor de mi polla mientras la introduce en su acogedora boca, con esa porquería de anillo que le regaló su adorador padre centelleando a la luz.

Eso es lo que quiero. A Wren de rodillas suplicando por mi polla, llorando cuando la rechace. Porque al final la rechazaré. No me gustan las relaciones, son una vulnerabilidad que no necesito. Veo la forma en que mi padre ha tratado a mis hermanos mayores cuando han traído mujeres a casa: mi padre se le insinuó a la novia de Grant, que en realidad trabaja para él. Mi otro hermano, Finn, ni siquiera se molesta en traer a una mujer a la familia.

Lo entiendo.

Y luego está mi hermana Charlotte. Nuestro padre la vendió al mejor postor y ahora está casada con un hombre que ni siquiera conoce. Es un tipo decente, pero ¡qué mierda!

De ninguna manera voy a dejar que mi padre se entrometa en mis relaciones. ¿Y cuál es la mejor manera de evitarlo? No tener una.

Pienso en mi primo, Whit, en cómo se vio envuelto en un pequeño escándalo durante su último año en Lancaster Prep con una chica con la que ahora está a punto de casarse. Incluso tienen un hijo fuera del matrimonio, el mayor escándalo para un Lancaster. Mi propia madre llama basura a la futura espo-

sa de Whit, pero eso es lo que pasa en una familia como la mía: nuestra reputación nos precede y a veces acaba mancillada. La prometida de Whit no es basura, está enamorada de él y nadie tolera sus mierdas como Summer.

Wren se acerca y me enderezo buscando su mirada, pero, como de costumbre, se niega a mirarme. Casi me río cuando les da los buenos días a Malcolm y a Ezra.

No me dice una palabra mientras pasa. Entra en el edificio sin mirar atrás, seguida por las chicas más jóvenes que me lanzan miradas con grandes ojos de cervatillo.

En cuanto se cierra la puerta, Ezra se echa a reír de nuevo, golpeándose la rodilla.

—¿Cuánto tiempo llevas intentando captar la atención de esa chica y ella sigue ignorándote? Déjalo ya.

El reto es lo que me motiva, ¿no se dan cuenta? ¿No lo entienden?

—Hará una fiesta, ¿lo sabías? —dice Malcolm cuando se apaga la risa de Ezra.

—¿Por qué? —pregunto molesto.

—Por su cumpleaños, ¡por Dios! —Malcolm sacude la cabeza—. Para ser alguien que supuestamente está obsesionado con Wren Beaumont, no sabes mucho sobre ella, ¿verdad?

—No estoy obsesionado. —Me alejo de la columna y me acerco a mis amigos; necesito cada detalle—. ¿Cuándo es la fiesta?

Estamos a tres semanas de las vacaciones de invierno, trabajando en proyectos y preparándonos para los exámenes finales del último semestre como estudiantes de último año: estamos agotados. Estoy harto de esforzarme por unas calificaciones que no importan, porque no tengo planes de ir a la universidad cuando me gradúe. Tuve derecho al primero de tres fondos fiduciarios cuando cumplí dieciocho en septiembre. Además, mis hermanos quieren que trabaje para ellos en su inmobiliaria. ¿Para qué ir a la universidad si puedo sacar una licencia y conquistar el mundo vendiendo casas de lujo o empresas gigantes? Mis hermanos tienen divisiones residenciales y comerciales.

Lo que preferiría es viajar por el mundo durante uno o dos

años después de graduarme. No trabajar para nada. Empáparme de cultura y comida. De paisajes e historia. Con el tiempo, podría volver a Nueva York, empezar a trabajar para obtener una licencia inmobiliaria y unirme al negocio de mis hermanos.

Tengo opciones, a pesar de lo que pueda pensar el viejo.

—En realidad, su cumpleaños es en Navidad, pero me dijo que iba a celebrarlo un día después. El Boxing Day —dice Malcolm—. La fiesta más menospreciada, debo añadir.

—Una fiesta inventada para que los británicos tengan más tiempo libre, en mi opinión —murmuro.

—El equivalente británico al Black Friday —añade Ezra con una sonrisa.

Malcolm nos da la espalda.

—Bueno, si ella lo celebra, definitivamente iré.

—Yo también —dice Ezra. Frunzo el ceño.

—¿Os ha invitado?

Malcolm se burla.

—Por supuesto. Supongo que a ti no.

Sacudo lentamente la cabeza, frotándome la barbilla.

—No me habla. Definitivamente no me iba a invitar a su fiesta de cumpleaños.

—Dieciocho años y nunca me han besado. —Ezra usa un tono de voz agudo, intentando sonar como una chica, pero fracasa estrepitosamente—. Deberías colarte en la fiesta y darle un beso, Lancaster.

—Ya quisiera Wren tener tanta suerte —respondo mientras disfruto con su idea.

Demasiado.

—Los Beaumont son jodidamente ricos —nos recuerda Malcolm—. La seguridad de la fiesta será de primera, con todo el arte de valor incalculable que cuelga de sus paredes. Además, su padre la vigila como un puto halcón. De ahí el anillo de compromiso que lleva en el dedo.

Ezra se estremece.

—Espeluznante, si me lo preguntas. ¿Comprometiéndote con tu padre? Me intriga lo que pasa en esa familia.

Odio a dónde me llevan mis pensamientos después de los

comentarios de Ezra. Espero que no haya nada extraño, o me atrevería a decir incestuoso, en la casa de los Beaumont. Lo dudo, pero no conozco a Wren ni a su familia. Solo sé lo que veo, y no veo tanto como me gustaría.

—Muchas chicas en este colegio lucían anillos de compromiso que les habían regalado sus padres —dice Malcolm.

—Todas copiaban a Wren. ¿Te acuerdas? Eran un montón de chicas de nuestra clase y de primer año, cuando estábamos en segundo.

Me lleno de furia.

—Esa tendencia tuvo una muerte lenta y dolorosa. Estoy seguro de que Wren es la única que todavía lleva el anillo.

—Correcto. —Malcolm sonríe con una mueca sucia—. Ahora son todas unas zorras que ruegan por nuestras pollas.

Me río entre dientes, aunque lo que dijo no me hace mucha gracia. Malcolm tiene una forma de insultar a las mujeres que me resulta molesta. Sí, somos unos imbéciles misóginos cuando salimos juntos, pero ninguno va por ahí llamando zorras a las chicas como lo hace Malcolm.

—Es un término despectivo —dice Ezra, haciendo que ambos lo miremos—. Me gusta más puta. Zorra es tan... cruel.

—¿Y puta no? —Malcolm se ríe.

Nos estamos desviando del tema. Tengo que llevar la conversación de nuevo a Wren, el dulce pajarito que tiene miedo del malvado y desagradable gato. Ese sería yo.

—Si de verdad va a celebrar su cumpleaños, quiero una invitación —les digo con voz firme.

—No hacemos milagros —dice Ezra encogiéndose de hombros con indiferencia. Pero ¿a él qué le importa? Ya está invitado—. Tal vez deberías mostrarte más simpático con Wren. Sé amable por una vez en lugar de ser un imbécil todo el tiempo.

Verla me hace fruncir el ceño automáticamente. ¿Cómo puedo ser amable cuando lo único que quiero es follármela? Follármela y dejarla sin sentido. La veo e inmediatamente me invade la lujuria. Verla chupar un chupachups entre los labios me la pone dura.

Para los demás, ella es la dulce y gentil Wren. Yo la veo diferente. La deseo... de otra manera. No sé cómo explicarlo.

—Tienes una mirada asesina de solo pensar en ella —señala Malcolm—. Es una causa perdida. Ríndete, amigo. Ella no es para ti.

¿Qué cojones sabe él? ¡Soy un Lancaster, por el amor de Dios! Puedo hacer que pase cualquier cosa.